

FRANCISCO
ORTEGA

EL VERBO
KAIFMAN



ebookspatagonia.
voz de latinoamérica

Annotation

El verbo Kaifman es una novela en la línea de Dan Brown, Ken Follet, Stephen King o Tom Clancy. Un cóctel que incluye al Vaticano, la orden de los Templarios, atentados terroristas en Santiago de Chile, nazis perdidos en la antártica y ciudades ocultas. Los grandes misterios de la historia en el sur del mundo.

Una historia que juega con verdades a medias y la historia oculta de la humanidad. Ciudades perdidas, misterios antárticos, tesoros nazis ocultos en la Patagonia y un complot tramado por EE. UU. y la iglesia católica para silenciar a quienes se aproximen demasiado a la verdad.

¿Acaso cree usted que la primera vez que fuimos a la luna fue en julio de 1969? Los viudos de El Código da Vinci la van a amar.

FRANCISCO ORTEGA

El verbo Kaifman

Ebooks Patagonia

Sinopsis

El verbo Kaifman es una novela en la línea de Dan Brown, Ken Follet, Stephen King o Tom Clancy. Un cóctel que incluye al Vaticano, la orden de los Templarios, atentados terroristas en Santiago de Chile, nazis perdidos en la antártica y ciudades ocultas. Los grandes misterios de la historia en el sur del mundo.

Una historia que juega con verdades a medias y la historia oculta de la humanidad. Ciudades perdidas, misterios antárticos, tesoros nazis ocultos en la Patagonia y un complot tramado por EE. UU. y la iglesia católica para silenciar a quienes se aproximen demasiado a la verdad.

¿Acaso cree usted que la primera vez que fuimos a la luna fue en julio de 1969? Los viudos de El Código da Vinci la van a amar.

Autor: Ortega, Francisco
©2013, Ebooks Patagonia
ISBN: 9789568992835
Generado con: QualityEbook v0.84

Francisco Ortega

El verbo kaifman

TÍTULO original: *El Verbo de Kaifman*

Francisco Ortega, fecha de publicación del original.

ISBN: 978-956-8992-83-5

Páginas 431

Idioma Español

Publicación 2013

Editorial Ebooks Patagonia

Categoría Thriller

ISBN 9 789568992835

El verbo Kaifman es una novela en la línea de Dan Brown, Ken Follet, Stephen King o Tom Clancy. Un cóctel que incluye al Vaticano, la orden de los Templarios, atentados terroristas en Santiago de Chile, nazis perdidos en la antártica y ciudades ocultas. Los grandes misterios de la historia en el sur del mundo. Una historia que juega con verdades a medias y la historia oculta de la humanidad. Ciudades perdidas, misterios antárticos, tesoros nazis ocultos en la Patagonia y un complot tramado por EE. UU. y la iglesia católica para silenciar a quienes se aproximen demasiado a la verdad. ¿Acaso cree usted que la primera vez que fuimos a la luna fue en julio de 1969?

«El mayor secreto del III Reich oculto en el sur de Chile, un descubrimiento que cambiará al mundo para siempre».

«Una apasionante novela de investigación que se lee como el mejor filme de acción».

J.J. BENÍTEZ

A la memoria de Víctor Ruiz Torres (1919-1996),
quien me enseñó el interior de los volcanes...

Cuando volvieron a abrirse mis ojos
encontraron otra luz que la del sol deslumbrante del valle.

Una luz que más parecía una sombra.

HUGO SILVA

Pacha Pulai

NOTA

La mitad de esta novela fue publicada en 2006 con el nombre de El Número Kaifman. En esa primera edición, mucho material investigado y redactado fue dejado fuera del «corte final» por decisión del autor. Escribir un libro de género, abiertamente comercial, era una apuesta inédita y, por lo tanto, se optó por evitar riesgos de cualquier tipo. Ese material, alrededor de doscientas páginas extra, constituía una historia paralela completa que luego el autor tomó para iniciar el trabajo de una segunda parte, titulada precisamente El Verbo Kaifman, que nunca fue terminada hasta ahora. Comercialmente, El Número Kaifman fue un éxito editorial, dos meses en el top 5 de más vendidos, agotó en menos de un año las tiradas que fueron impresas, haciendo que a posteriori fuera literalmente imposible encontrar ejemplares del libro; más aún con los continuos cambios de la plana editorial a cargo de la publicación. Ante la petición de lec-

tores de que El Número Kaifman se republicara, el autor optó por revisar el manuscrito, editar errores, tapar agujeros en el argumento, actualizar e incluir en la trama todo el material inédito disponible, además de lo trabajado para la segunda parte, lo que no solo cambió entero el inicio y el tercio final de la novela, incluido el epílogo, una de las secciones más débiles, sino el arco completo del relato. El resultado, más que una versión extendida al «triple», corregida y actualizada, fue otro libro, uno que es y al mismo tiempo no es el ya publicado, una novela rehecha de otra novela; el número se hizo verbo. El Verbo Kaifman es de esta manera la versión definitiva y final de El Número Kaifman, y al mismo tiempo una nueva novela.

ACLARACIÓN

Aunque El Verbo Kaifman (y antes El Número Kaifman) es una obra de ficción, buena parte de su trama se basa en un hecho real. La fábrica de maquinaria pesada Lanz AG fue fundada en Alemania en 1859 y tuvo vida hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial, donde comienza un proceso de adquisición por la firma norteamericana John Deere. Se conoce como el «oro nazi» al botín que fue confiscado a judíos y saqueado de países ocupados durante el conflicto y del cual no se supo nada tras la caída del III Reich. Según los cálculos, esta riqueza perdida habría ascendido a más de 8.000 millones de dólares de la época. Desde mediados de la década de 1990, en el sur de Chile y Argentina se han visto alemanes comprando tractores marca Lanz año 1945, mejor conocidos como Lanz BullDog 1945, que en los cigüeñales llevan impresos números de serie terminados en 707 y 747. Aparentemente, el oro habría sido fundido en piezas de estas máquinas. Esa es la razón de las grandes sumas pagadas por cada tractor. Se estima que en Chile más de mil Lanz BullDog 1945 han sido comprados y enviados de vuelta a Alemania y a Australia, supuestamente

a museos dedicados a la agroindustria. Los compradores más conocidos en Chile son los hermanos Tisch, los cuales pagan hasta 3.000 dólares por cada maquinaria. Si algún lector tiene datos de Lanz BullDog 1945 debería contactarse con algún experto para descifrar definitivamente el misterio o bien venderlo a los hermanos Tisch, a los cuales se puede ubicar por correo electrónico en thomastisch@yahoo.es

LOS DATOS

El almirante Richard E. Byrd advirtió hoy que es imperativo para los Estados Unidos de América el iniciar medidas de defensa contra la posibilidad de una invasión del país de parte de aviones hostiles provenientes de las regiones polares. El almirante explicó que no quiere asustar a nadie, pero es una verdad amarga que, en el caso de una nueva guerra, los Estados Unidos podrían ser atacados por aviones que pueden volar sobre uno o los dos polos. Esta declaración se hizo como parte de una recapitulación de su propia experiencia polar, en una entrevista exclusiva con International News Service. Refiriéndose a la expedición de reciente finalización, Byrd dijo que el resultado más importante de sus observaciones y descubrimientos es el efecto potencial que tienen con respecto a la seguridad de los Estados Unidos. «La velocidad fantástica a la que el mundo se está reduciendo -recordó el almirante- es una de las lecciones más importantes aprendidas en su reciente exploración antártica. Debo advertir a mis compatriotas que terminó aquel tiempo en el que podíamos refugiarnos en nuestro aislamiento y confiar en la certeza de que las distancias, los océanos y los polos eran una garantía de seguridad».

Diario El Mercurio, Santiago de Chile,
5 de marzo de 1947

I PRÓLOGO

JERUSALÉN, TIERRA SANTA, 1112 1

Alonso Hospicio del León nunca antes se había visto como un monstruo, pero en ese instante, al contemplar su rostro reflejado en la curva superficie de la espada, sintió que mucha de su humanidad había escapado para ser reemplazada por una bestia salida de quizá qué abismo del infierno. El sol, la arena, el desierto, el sudor, los gritos, la sangre y el odio eran capaces de engendrar criaturas abominables como si fueran ingredientes o cifras de una fórmula secreta.

Primero fue un zumbido grave, luego agudo como si miles de niños gritaran al mismo tiempo. Simulando un girón de nubes, las flechas sarracenas se elevaron desde los muros más altos de la Ciudad Santa y trazaron un arco perfecto contra los hombres de Cristo.

-¡Escudos! -aulló Alonso, mientras las saetas caían sobre sus soldados.

Chillidos de dolor comenzaron a sumarse a medida que la muerte avanzaba, dividida en cientos de miles de varitas de madera con afilada punta metálica que se enterraban en brazos, piernas y cuanto piel apareciera alejada de la defensa del acero. Los escudos estaban en alto, pero las flechas eran demasiadas.

La sangre salpicaba cual surtidores, llevándose la vida de hombres que recién se aventuraban más allá de la frontera de la niñez. Alonso levantó la mirada y vio cómo cuatro muchachos se desplomaban desde lo alto de una bastida, con los cuerpos atravesados como muñecos de magia negra.

-Mi señor... -le dijo su escudero, apuntando a las torres de asalto, arietes y trabucos ordenados tras los hombres.

-Aún no... -ordenó el español, capitán y estrategia del asalto.

-Ahora, hermano -bramó otra voz, asomándose bajo la protección de un gran escudo triangular-. Ahora es cuando debemos atacar.

-Aguarda, Fernando. No hay que precipitarse -pronunció Alonso.

Desesperado, Fernando Hospicio del León cargó contra el primogénito de su familia levantando su espada.

-¡Ves cómo nos están diezmando! Estás perdiendo a nuestros hombres, uno a uno, no...

Pero Alonso era mejor guerrero que su hermano menor. Sumaba más años de experiencia y su maestro de guerra había sido el formador de los mejores hombres del reino. Antes de que Fernando lo tocara, giró sobre su cuerpo y cruzó su espada contra la del más joven e impetuoso de los Hospicio. Lo miró a los ojos y lo empujó contra la arena que cubría sus botas.

-Te guste o no, estás bajo mi mando.

En verdad se había convertido en un monstruo, pensó, mientras volvía a escucharse el zumbido primero grave y luego agudo de los letales proyectiles infieles.

-¡Flecha! -gritó otro de los escuderos, mientras se escondía bajo el suyo.

Alonso levantó su escudo con el brazo derecho y usó el izquierdo para alzar el de su hermano. Cuatro saetas rompieron contra el acero, luego seis y ocho y más.

Y vinieron más gritos, sangre y aullidos.

-¿Qué estás haciendo, hermano? -lo interrogó Fernando, con los ojos inyectados en sangre.

-Observando, hermano mío, observando y pensando -reiteró Alonso, mientras le indicaba que dirigiera sus ojos hacia los muros de la ciudad sagrada. Sobre las almenas y baluartes, los arqueros hacían un alto para preparar sus flechas.

Entonces Fernando lo comprendió todo, más aún al ver como una sonrisa se dibujaba en el rostro de su hermano.

-Cuatro turnos -explicó el capitán de las fuerzas cristianas-. Cuatro turnos, los persas disparan en ese orden, luego descansan y se reaprovisionan. Ha sido así desde que cercamos la ciudad, pero necesitaba verificarlo. Entiendes, Fernando, tenemos cuatro tiempos para preparar la ofensiva, en el próximo alto de los malditos les echaremos todo lo nuestro encima. Cristo está con nosotros, mi pequeño, hoy será un gran día, una gran victoria.

Estiró su brazo derecho y apretó con fuerza el hombro de su hermano.

-¿Estás conmigo, Fernando?

-Hasta el fin del mundo, mi señor.

-Entonces prepara tus hombres. Pronto llegará nuestra hora.

Uno a uno, los hombres de la avanzada se miraron sin entender qué pasaba.

-Alisten las balistas, catapultas y trabucos -ordenaron los hermanos Hospicio del León-, cárguenlos y esperen la orden.

Rocas, piedras y maderas con aceites inflamables fueron colocadas en los lanzadores de las armas de lanzamiento. Con cuidado las cuerdas comenzaron a ser tensadas, esperando el grito de guerra.

-¡¡¡Flecha!!! -volvió a gritar un escudero.

Un año después.

MOSUL, PERSIA, 1113 2

Muhaddith Ibn Al-Da'ub se asustó. El viejo matemático que llevaba diez años encerrado en esa mazmorra por sus herejías contra el Corán, pensó que no iba a vivir para experimentar una situación como aquella. Sabía que era posible, los Números se lo habían dicho, pero no imaginó estar presente cuando ocurriera. Una profecía, la llegada de un legado, el verdadero inicio; un instante cero para la historia del mundo. Supuso que el grito de los otros prisioneros, tortu-

rados día y noche en los distintos corredores de la prisión, evitó que alguien más se diera cuenta del inusual evento. Un zumbido agudo y luego una luz brillante; si un guardia hubiese andado cerca, de seguro habría tumbado la puerta.

¿Suerte? El viejo sabio hacía mucho tiempo había dejado de creer en ella.

El cuerpo del herido, del cristiano que trajeron desde Jerusalén y que llevaba semanas postrado en el fondo de la mazmorra, apenas modulando palabras, recuperándose de las heridas de las flechas, empezó a temblar. Como poseído por una fuerza invisible y desconocida, se levantó y empezó a brillar, rodeado por un resplandor blanquecino y pálido que lo fue cubriendo como un capullo cegador; entonces, colgado de un chillido muy agudo, desapareció, reemplazado por una lluvia de fragmentos luminosos, semejantes a luciérnagas, pero más grandes, que dieron forma a otro hombre, un hombre nuevo que vestía igual que el herido, un hombre venido de otros mundo y otros lugares, tal cual escribían los Números. Y Muhaddith Ibn Al-Da'ub supo que su maestro había llegado, quien estaba destinado a portar los Números y a distribuir su conocimiento por el mundo, ocultándolo y protegiéndolo por los siglos de los siglos.

-Mi señor -pronunció temeroso Ibn Al-Da'ub.

-No -respondió el extraño, hablando en un perfecto persa-, no soy tu señor, he venido a aprender de ti.

-¿Cómo debo llamarte? -siguió el matemático.

-¿Sabías el nombre de tu compañero?

-Nunca me lo dijo.

-Su nombre era Alonso... Alonso Hospicio del León, y así puedes llamarme.

Setecientos noventa y cinco años después.

TUNGUSKA, SIBERIA, JULIO 1908 3

La mujer se adelantó al piloto y contempló la devastación dejada por la explosión. Ya habían pasado tres semanas y el lugar aún temblaba. Los arboles, despedidos kilómetros alrededor, formaban una especie de corona en torno al sitio del estallido. Una neblina de cenizas copaba el horizonte más cercano y faltaba mucho para que se disipara. Ambos, la mujer y el piloto, conocían la historia de lo que había ocurrido, sus consecuencias y los mitos que iba a acarrear.

-Dos mil kilómetros cuadrados -comentó ella, volteando hacia el anciano que la acompañaba.

-Eso dicen, querida, aunque aún faltan años para que hagan el cálculo preciso, y así, a vuelo de pájaro, como observamos al bajar, creo que fueron bastante menos. Pero así son los mitos, se basan en la exageración del relato oral, la confusión de los registros y el desconocimiento de las masas. Sobre todo en esto último, mal que mal, muy pocos sabemos lo que realmente ocurrió aquí.

Ella sonrió.

-¿Cuánto falta para que termine el cálculo? -preguntó ella.

-Dos o tres horas.

Pisando el suelo cubierto de cenizas grises y nebulosas, la mujer y el anciano regresaron al objeto negro, en forma de campana, que los había traído desde un lugar muy lejano en una escala hacia un sitio todavía más remoto donde tenían que encontrar al primer viajero, al que fue antes que ellos, al primero y al último.

Cinco años después.

MADRID, ESPAÑA, OCTUBRE 1913 4

Los cuerpos aparecieron tirados en una plaza abandonada del casco viejo de la capital española. Estaban desnudos, con los huesos rotos y a los dos les faltaba el ojo izquierdo. Fue la última vez que intentamos robar los Números del árabe. Tardamos demasiado en entender que ese no era el

camino y que había formas mucho más inteligentes y seguras de revelar su secreto. Formas de ser todavía más listos que el Pacto. Tuvimos que aprender a mirar, desde luego no fue fácil. Lo primero que descubrimos fue que debíamos apuntar al sur; después, que lo que entendíamos por concepto de Dios único no era tal. El resto fue juntar piezas. Una tras otra.

Veintinueve años después.

MÉXICO D.F., MÉXICO, NOVIEMBRE 1942 5

El acento norteño y cansado de Juana Teresa le avisó que «un caballero lo esperaba en el recibidor de la sala». Terminó de cortar un trozo de filete y sin hacer caso a la empleada lo metió a su boca y masticó como si tuviera todo el tiempo del mundo. De hecho lo tenía. La muchacha insistió en que el caballero decía que era importante. El dueño de casa bebió un sorbo de agua y le recordó que desde su primer día de contrato le recaló que por nada del mundo lo molestara mientras comía. Juana Teresa se acordó de las otras peticiones que el patrón le había inculcado cuando se presentó a trabajar en aquella pequeña mansión del barrio de Polanco, en Ciudad de México. Órdenes curiosas y hasta cierto punto tenebrosas, como aquella de en cada cena y comida servir un plato para un segundo invitado a la mesa, siempre al lado derecho del señor. El viejo comía solo, jamás invitaba a nadie, salvo a esa invisible presencia que solo él podía contemplar a su diestra. Y aunque nadie jamás dio un mordisco a ese segundo plato y todo parecía formar parte del extraño sentido del humor del patrón, la joven empleada sentía con frecuencia que algo macabro se escondía en las raras peticiones de su jefe. Cuando se lo contó a su abuela, ella le advirtió que se cuidara, que el propietario de la mansión seguramente tenía pacto y que el invitado invisible de seguro era el mismo diablo.

Juana Teresa no creía en el diablo.